

arte

La recuperación de Ícaro

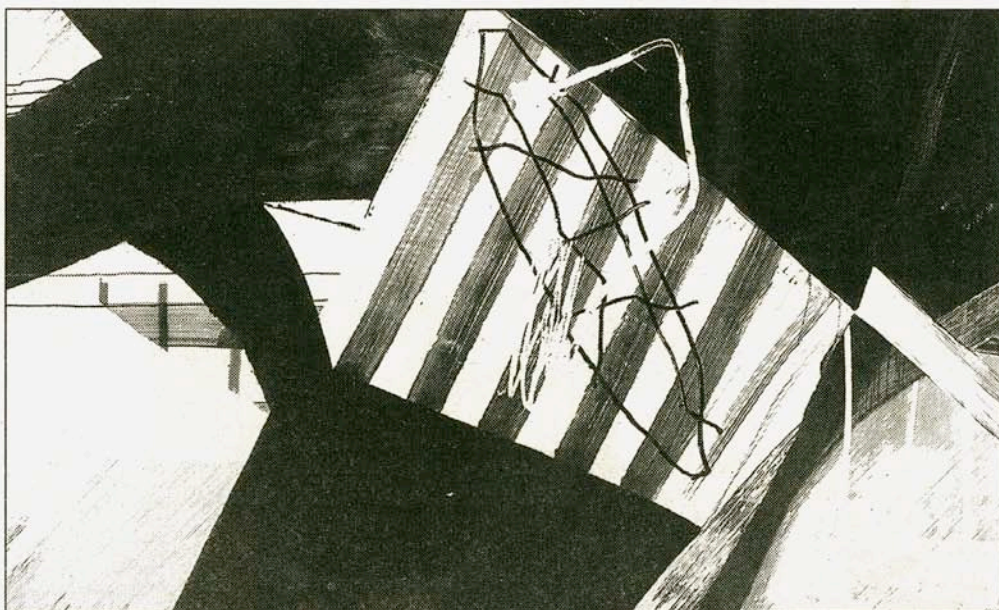
Juan Olivares

RICARDO FORRIOLS

Sala Edgar Neville de Alfafar

CUENTA el mito que Ícaro, para escapar del laberinto, confeccionó unas alas con las que volar, pero subió tan alto, tan alto, que dio a la caza alcance y el sol, que era la libertad, lo dejó ciego y el deseo, que era calor, deshizo las alas, precipitándolo al vacío. Algo así viene ocurriendo con la pintura desde el siglo XIX, caída y negada, desplumada una vez tras otra en el afán de ir más allá, de escapar del laberinto que ha sido ella misma para acabar en el entierro del arte, en el fin de la historia —y ya lo escribió sor Juana Inés de la Cruz a finales del XVII: «*necia experiencia que costosa tanto / fue, que Ícaro ya, su propio llanto / lo anegó enternecido*». En otro plano de la comparación, Dédalo, que no sólo diseña y es el laberinto sino que también asumirá la culpa de la caída, persuadido quizás.

La seducción por recuperar a Ícaro forma parte del mito, de lo literario, pero también es el trasfondo de una reivindicación de la pintura, de ese sobreponerse a su negación y crisis laberíntica con la intención y el compromiso de mostrar, nue-



vamente, más si cabe, pintura. Esto es lo que atraviesa la obra de Juan Olivares (Alzira, 1973), una obra que apunta alto al tiempo que sabe el conflicto y propone un viaje de ida y regreso (sin vuelta) a la pintura desde una mirada perdida, colgada de lo cotidiano, que descubre recorridos visuales insospechados en lo que sucede en la calle y los recrea como quien retoza en el colchón de las noches más largas: enredados; un colchón que tiene memoria de las noches y que sufre, como la misma pintura, la levedad del que mira, la pesadez de todo lo que soportamos ya en la mirada. Se mire como se mire, la actitud de diálogo con la tradición pictórica del último siglo (sobre todo, pero no sólo) presente en la abstracción de Juan Olivares

—y de otros compañeros de generación— supone un posicionamiento evidente de rearme de sentido que tiene que ver poco con el llanto enternecido de finales de los ochenta y bastante con la ineludible vigencia de la pintura, todavía hoy; una pintura que es mucho más que un suspense rojo rubí brillo que se apodera de nuestro parpadeo indefinido, aunque sólo con eso baste.

Al final, si es cierto que la Edgar Neville es —y debe seguir siendo, Enric— un trampolín para los más jóvenes, está claro que Juan Olivares lo ha pisado y con esta exposición, su segunda individual, con estas obras, salta allí donde la pintura es y quiere decir algo; como Ícaro, intenta y sabe reponerse de la caída más dura. **P**